

El modelo tornadizo para la convivencia: entre la polis y la diáspora (parte I)

Fernando Miguel Pérez Herranz. Universidad de Alicante (España)

Recibido 05/04/2026 • Aceptado 15/06/2026

Resumen

El profesor Reyes Mate ha considerado dos modelos de convivencia: el nacionalismo y la diáspora. Son dos modelos que se ajustan —respectivamente— a las hipercategorías de las fronteras y de las rutas, que he utilizado en diversas ocasiones. Exploraré un modelo intermedio que llamo *tornadizo*, que realizaré en varias entregas. En esta primera parte, haré un recorrido por la historia de la Europa moderna; estudiaré esa discontinuidad imperio/nación, desde las hipercategorías, que utilizo como postulados, hasta lo que llamo el *cierre antropológico de la tierra*; finalizaré con una mención al momento de perplejidad actual en la población europea, que está pasando de ser la Europa del ocio y el turismo a la Europa del rearme.

Palabras clave: Reyes Mate, hipercategorías, rutas, fronteras, cierre antropológico de la tierra, remolinos de la globalización.

Abstract

The *tornadizo* model of coexistence: Between the polis and the diaspora (Part I)

Professor Reyes Mate has considered two models of coexistence: nationalism and diaspora. These are two models that fit —respectively— the hypercategories of borders and routes, which I have used on several occasions. I will explore an intermediate model that I call *tornadizo*, which I will carry out in several installments. In this first part, I will take a journey through the history of modern Europe; I will study that empire/nation discontinuity, from the hypercategories, which I use as postulates, to what I call the *anthropological closure of the earth*; and I will conclude with a mention of the current moment of perplexity in the European population, which is going from being the Europe of leisure and tourism to the Europe of rearmament.

Keywords: Reyes Mate, hypercategories, routes, borders, anthropological closure of the earth, whirlpools of globalization.

El modelo tornadizo para la convivencia: entre la polis y la diáspora (parte I)

Fernando Miguel Pérez Herranz. Universidad de Alicante (España)

Recibido 05/04/2026 • Aceptado 15/06/2026

Primus circumdedisti me (*Fuiste el primero que me diste la vuelta*).
Lema del escudo de armas de Juan Sebastián Elcano (1522).

Al concluir el volumen cuarto de mi trabajo *Más allá de imperios y de naciones* (Pérez Herranz, 2023-2025) me llegó el libro de Reyes Mate *Tierra de Babel*, que lleva como subtítulo *Más allá del nacionalismo* (2024). Convendrá el lector que era un título suficientemente expresivo para que despertara mi curiosidad y me lanzase rápidamente a su lectura. El *Más allá de imperios y de naciones* de un título incluía el *nacionalismo* del otro; y la locución adverbial *más allá de* regía a ambos. Así que me dispuse a leer *Tierra de Babel* con fruición. Naturalmente las diferencias entre un libro y otro son más que evidentes. Reyes Mate, siguiendo la máxima orteguiana de que la claridad es «cortesía del filósofo», escribe un texto sin demasiadas referencias. Se agradece, porque facilita la lectura sin la pesada carga de las notas a pie de página y los refrendos de cada frase. Pero tal gentileza puede hacerla un maestro reconocido. Nadie que haya seguido mínimamente la trayectoria intelectual de Reyes Mate pondrá en cuestión su formación y el conocimiento de las fuentes que riegan continuamente su texto. Pero este no es mi caso, y me vi obligado a justificar cada enunciado de mi texto. Para bien y para mal.

Me centraré en la locución *Más allá de*, a la que remiten los dos trabajos, con la particularidad de que en el primero los *imperios* acompañan a las *naciones*. La tesis de Reyes Mate me parece un gran avance conceptual al romper con los tópicos tan sólidamente arraigados de ser la nación idéntica al Estado y de ser el Estado la forma última y perfecta (entelequia) de la vida de los seres humanos. Hay otras maneras de entender la vida humana en la tierra. Y cita las propuestas de tres personas muy relevantes: Franz Rosenzweig, Simone Weil y María Zambrano. El nacionalismo como un modelo de convivencia, independientemente de su definición abstracta, ha conducido a catástrofes sin precedentes: la Gran Guerra de 1914-1917 y la Segunda

Guerra Mundial de 1939-1945, rematada con la *Shoah*: «Auschwitz, con su radicalidad —resume Reyes Mate—, rompió los esquemas mentales de la humanidad, porque aconteció algo desconocido» (2024: 135). Pero también el nacionalismo israelí conduce a catástrofes que generan, a su vez, otras situaciones inhumanas en Gaza y Cisjordania. Auschwitz nos obliga al «deber de memoria». Y desde ese «deber», mi objetivo será el de contrastar algunas hipótesis y sugerencias de mi texto teniendo como fondo el de Reyes Mate, cuya tesis se resume en la solapa del libro:

Se insinúan ahí dos modelos de convivencia: el de la ciudad cerrada, apegada a la tierra, o el de la dispersión que siguió tras el fracasado experimento.

Los modelos que analiza Reyes Mate se acogen de manera natural a las hipercategorías que postulo para entender la manera en la que los seres humanos han poblado y administrado las potenciales riquezas del planeta Tierra. Desde otras categorías económicas, políticas o militares, pueden establecerse, y se establecen, otros modelos de convivencia. Y no solo desde la política a través de los dos modelos que he considerado fracasados al finalizar la Segunda Guerra Mundial: naciones e imperios. Hay otros modelos alternativos: los Estados-sociedad (positivismo, anarquismo); los Estados gestores (republicanismo, socialismo, catolicismo); los Estados-partido (comunismos leninista, estalinista o maoísta); los Estados-fuerza (fascistas, nacionalsocialistas, racistas)...

Las religiones, las filosofías, las ciencias o las artes han solicitado en muchas ocasiones ocupar el puesto articulador de los Estados. Desde las religiones místicas a las apocalípticas, que conllevan catástrofes cósmicas y rupturas entre el presente y el futuro. Desde las religiones monoteístas, el arrianismo o el islamismo, a las dualistas, maniqueas o gnósticas, o a las trinitarias. Desde la filosofía, último peldaño del Saber Absoluto de Hegel a la ciencia en su vertiente tecnocientífica culminada por ahora en la inteligencia artificial. También desde el arte se ha levantado la voz para reivindicar una forma de convivencia diferente como la que intentó Richard Wagner con su tetralogía *El anillo del Nibelungo*.

Entre las diversas —y a veces variopintas— maneras de organizar la vida de los seres humanos en la tierra, Reyes Mate ha considerado los dos modelos del

nacionalismo y la *diáspora*, que se ajustan a las hipercategorías de la fronteras y de las rutas. Exploraré un modelo intermedio que llamo *tornadizo*.

En esta primera entrega, haré un recorrido por la historia de la Europa moderna estudiando la discontinuidad imperio/nación, desde las hipercategorías, que utilizo como postulados: rutas, fronteras, complejidad y singularidad, hasta lo que llamo el *cierre antropológico de la tierra*, para finalizar con el momento de perplejidad actual en la población europea que está pasando de ser la Europa del ocio y museos, como la definió el líder chino Xi Jinping en 2003, a la Europa del rearme.

En la segunda, volveré al periodo de la peculiar formación de la Subjetividad hispana en los siglos que abren la Modernidad. El paso de Hispania a España e Hispánica y la configuración de una subjetividad singular: la de los *tornalindos* en la frontera semita/cristiana. El Sujeto que en esta frontera se constituye es un sujeto *in fieri*, un sujeto haciéndose en la acción, frente al *cogito* cartesiano, acabado y hecho de una pieza, que llegará hasta la conciencia absoluta de Husserl pasando por el ego trascendental kantiano.

En la tercera, estudiaré la genealogía de la experiencia hispana, española e hispánica, desde el gozne articulador de la Constitución española de 1978, heredera del pensamiento «tornadizo» hasta el núcleo originario y generador de los olvidados, pero creativos y revolucionarios, siglos XII-XIII: la experiencia del exilio tras la guerra (in)civil (1936-1939): el papel de poetas, artistas, periodistas...; la experiencia de la renovación de la pedagogía española del siglo XX; la experiencia de los liberales: doceañistas y moderados; la escuela universalista de los jesuitas expulsos; la experiencia de los *novatores* e ilustrados, con especial mención a Gaspar Melchor de Jovellanos; la experiencia de los neoconvertos de los siglos XVI y XVII; el humanismo hispano del siglo XIV; el núcleo originario: Maimónides, Averroes y Alfonso X, el Sabio.

Parte I

§ 1. Un conflicto que tornose «palabra»

En los volúmenes 1 y 2 de *Más allá de imperios y de naciones* propuse —algo tímidamente, como entre burlas y veras— unos *Estados tornadizos de Europa* como un proyecto posible que desbordara los clásicos y hasta ahora vacilantes, si no equívocos, modelos políticos de gestión europeos: federación, confederación, unión, etc. Un modelo que entreví, aunque algo borroso, en la misma Constitución española de 1978. La Constitución de 1978 hizo saltar por los aires aquel aplastamiento/laminación/aplanamiento político del franquismo que alcanzaba todos los niveles de vida: familiares, vecinales o culturales. Una constitución abierta, amplia, porosa, estimulante... que hilvanaba y, a la par, generaba una nueva «unidad política» que liberaba a los individuos, que organizaba a los distintos territorios en autonomías y que superaba el clima de sospechas y denuncias entre españoles. La Constitución de 1978 dejaba de preguntar a cada español: «Y tú: ¿de quién eres?». El español no es sino un ciudadano cualquiera al que, como resumió Juan Benet, se le reconoce el derecho a fracasar (Benet, 1978).

Este modelo, al que llamo *tornadizo*, no habría que considerarlo simplemente como una salida política de buenas intenciones, sino que estaría enraizado en una experiencia singular de Hispania: la de haber sido la frontera del cristianismo durante los siglos VIII-XV. Más tarde, y por mero accidente geográfico, combinado con una política matrimonial entre los reinos europeos, aquella antigua Hispania se convirtió en España en el reinado de Fernando e Isabel y aun en Imperio hispánico, en la figura de Carlos V, emperador de Europa y del nuevo mundo recién descubierto. Esa experiencia se llevó en los territorios peninsulares fronterizos entre los reinos cristianos y los ejércitos árabes que se habían expandido desde Oriente por el norte de África. Una línea fronteriza muy elástica, desde los montes cántabros hasta los béticos, que tuvo como efecto una experiencia singular en el conflicto entre los cristianos puros, los *lindos*, y una población muy mezclada, de diversas religiones, los *tornadizos*.

Lo singular del caso hispano, y, tras Fernando e Isabel, español, prolongado por el mundo hispánico, fue que ese conflicto se hizo *palabra*. Y se hizo *palabra* de manera

especial y singular a través de los tornadizos, al quedar cegados los cauces políticos por los que orientar sus vidas. *Tornadizos* eran llamados quienes *tornaban*, quienes pasaban de una religión a otra; por eso se puede hablar de *tornadizo de moro* o *de judío*, pero también de *tornadizo cristiano*, que pasaba al judaísmo o al islamismo. Para prosperar, si no meramente sobrevivir, tenían que convertirse al cristianismo. Un cristianismo que censuraba también a los propios cristianos, a quienes se limitaba su expresión, hasta la prohibición casi total, de formarse en la lectura de las Sagradas Escrituras, en las que se habían formado las generaciones anteriores. En vez de callar, aquellos tornadizos supieron hacer de su experiencia *palabra* y precipitaron una enorme literatura: poesía, narraciones cortas, dramas, comedias..., una experiencia que se inició a partir de las persecuciones de 1391¹

Toda esta riqueza de la *palabra* hizo saltar por los aires el muro que pretendía la Inquisición que, aunque provocó mucho sufrimiento, no consiguió su objetivo: el silencio. Miguel de Cervantes inventó la novela, que se convertirá en la forma de narrar en la época que llamamos *Edad Moderna*, un requiebro para suplir la prohibición de la lectura de las Sagradas Escrituras. Una *palabra* que tuvo respuesta en la contrarréplica de los grandes genios Lope de Vega y Francisco de Quevedo, que supieron entender lo que estaba ocurriendo y las fuentes de donde procedía². Todos quedaron tocados por la *palabra* y de ahí que podamos hablar también de *tornalindos*.

¹ Y se hicieron *palabra*, primero, con Solomón ha-Levi (c. 1350-1435) bautizado Pablo de Santa María, Alfonso de la Torre (c. 1410-1460), Alonso de Cartagena (1384-1456) y su *círculo*, Alfonso de Madrigal, El Tostado (1401-1455), Rodrigo Sánchez de Arévalo (1404-1470), Ramon Sibiuda (1385-1436), Luis Vives (1493-1534), Andrés Laguna (c. 1499-1559) o León Hebreo (c. 1460-1521). Continuó con la singular obra de Fernando de Rojas (c. 1470-1541) *La Celestina* y con los filósofos de la naturaleza y la medicina: Gómez Pereira (1500-1558), Miguel Sabuco (1525-1588) y tantos otros. Los grandes biblistas y comentaristas que ofrecieron obras magistrales como las de fray Luis de León (1527-1591); el movimiento alumbrado de hombres y mujeres cuyos representantes destacamos en los hermanos Juan y María de Cazalla; los místicos Fernando de Osuna (+1540), Pedro de Alcántara (1499-1562), Juan de Ávila (1500-1569), Luis de Granada (1504-1588) o Teresa de Ávila (1515-1582); el humanista Fernando Pérez de Oliva (1494-1531) y los teólogos juristas Francisco de Vitoria (c. 1483-1546) y Francisco Suárez (1548-1617). La experiencia de la meditación de Ignacio de Loyola (1491-1556); el antitrinitarismo de Miguel Servet (1515-1553) y la experiencia de la Trinidad de Juan de la Cruz (1542-1591); el *Diálogo del Guerrero de Quijano y Zancas* de Miguel de Cervantes (1547-1616); los dramas sacros y profanos de Pedro Calderón de la Barca (1600-1681) o la ontología eucarística de Baltasar Gracián (1601-1658).

² Francisco de Quevedo reaccionó con virulencia al ser nombrada Teresa de Jesús copatrona de España en el *Memorial por el Patronato de Santiago* (1628). «Violentamente misógino y antisemita, el autor de *El Buscón* no podía ignorar los orígenes de la santa de Ávila», comenta Juan Goytisolo (2004: 21).

Esta experiencia «escritural» ha marcado de manera profunda la cultura española y la diferencia del resto de Europa. Porque aquella literatura no fue escrita para mayor gloria de los lindos, de los cristianos viejos, de los puros, sino desde la universalidad del ser humano, de una literatura en la que están representados los estamentos sociales de aquella época incluidas las mujeres, que fueron transmisoras de la letra, de la escritura. En el tercer volumen de *Más allá de imperios y de naciones* cuento el papel fundamental que jugaron las mujeres neoconvertas en la transmisión de las Sagradas Escrituras por la vía de la escritura, que culmina la obra de Teresa de Ávila (v. Pérez Herranz, 2024). Estos apartados que, a pesar de haber sido sacados a la luz por el maestro Américo Castro, pasan desapercibidos los expuse en *Lindos y tornadizos* (2016).

La distinción entre lindos y tornadizos, que puede sobrevivir por sí misma, la justifiqué en su contexto histórico: tanto desde una perspectiva local, que estudié para el caso vasco —recuérdese que *vizcaíno* era sinónimo de *cristiano viejo*, de *lindo*— en *Cuatro cuadros y cuatro contrastes* (2021); como desde una perspectiva global, por contraposición al resto de Europa, que veía a España como un lugar impuro, lleno de moros y de judíos, de *marranos*, en el citado *Más allá de imperios y de naciones*. La sociedad mudéjar y mestiza que formó Alfonso X, el Sabio, una sociedad que sacrificaron desde Sancho IV a Fernando e Isabel, rendidos a la presión del papado y las monarquías cristianas, resultará, a la postre, inútil, porque la Europa cristiana considerará híbrida e impura a la *frontera* semita hispana. En Italia, nos cuenta Francisco Márquez Villanueva, todo español era considerado marrano; y Erasmo de Rotterdam, al que se le muestra la península ibérica plenamente semitizada, sentenció: «*Hispania non placet*». Y como está llena de judíos, musulmanes, conversos y herejes —discurrirán Ludovico Ariosto o François Rabelais—, es necesario que actúe la Inquisición. Martin Lutero identificó a los españoles con los turcos, opinión que llegará hasta Karl Marx. Las tropas que invadieron El Palatinado serán vistas como compuestas por bárbaros descendientes de judíos. «Marrano, El color de los españoles» dice el *Dictionnaire français* (1680) de Pierre Richelet citando al *Discours sur l'état de la France, à Chartres* (1591). Y en el *Diccionario* de Voltaire puede leerse:

MARRANE (MA-RRRA-N') s. m. *Nom donné par les Espagnols aux Arabes et Juifs convertis, et devenu une injure signifiant traître, perfide. On trouve aussi marrane. Pendus non comme Espagnols, mais comme voleurs [ladrones] et marranes.* VOLTAIRE, Mœurs, 150.³

Y, como curiosidad: esta presión no fue solamente cristiana. También la hubo por parte de pensamiento asquenazí del norte europeo sobre el pueblo judío sefardí de la península ibérica. También los judíos del Norte consideraban urgentes la europeización del país y la hegemonía de las «conciencias góticas» (Roiz, 2008).

En compensación, que va de suyo, los españoles reaccionarán autoafirmándose como cristianos viejos, caballeros de capa y espada e hidalgos.

* * *

Al investigar estos asuntos me encontré con la cuestión de la configuración de las más poderosas monarquías europeas que entraron en conflicto cuando se constituyeron en imperios y combatieron por el control de «tierras y mares». Y estudié, no sin sorpresa, que los conceptos de nación e imperio no eran meras modulaciones del Poder en general —al lado de otras muchas instituciones: reino, principado, califato, república, monarquía...—, sino que había una discontinuidad entre estas dos formas políticas. Desde esta vertiente, la historia de Europa moderna era la historia de esta discontinuidad imperio/nación. No se puede pasar de imperio a nación o de nación a imperio de manera suave, sino por saltos. Las monarquías al expandirse «saltaban» a imperios: monarquías imperiales. Al contraerse, saltaban esta vez hacia «naciones», que volvían a expandirse y saltaban a imperios, esta vez naciones-imperio. Los dos modelos que se constituyeron —Nación e Imperio— siempre se encuentran inestables, saltando del uno al otro. La nación clausurada (pueblo), centrípeta, que mira hacia adentro, dominada por la *frontera*, y cuyo primer analogado es la República romana, continuada por las repúblicas humanísticas italianas. Y el imperio expansivo (cristianismo, civilización), centrífugo, que mira hacia fuera, dominado por la *ruta*, y cuyo primer analogado es el Imperio romano (César Augusto). A partir del siglo XVI,

³ «Nombre dado por los españoles a árabes y judíos conversos y pasó a ser un insulto con el significado de traidor, pérfido. También encontramos *marrano*. Ahorcados no como españoles, sino como ladrones y marranos».

los poderes europeos saltaron continuamente de naciones a imperios y de imperios a naciones: la nación, cuando alcanza su límite y requiere más energía de la que posee para sobrevivir, salta a la forma imperio; y el imperio, cuando alcanza su límite y carece de la energía suficiente para mantenerse, salta a la forma nación. No hay continuismo. No se puede pasar de uno a otro *por deformación*, como dicen los topólogos. Hay catástrofe topológica, singularidad topológica.

A estos saltos los llamé *recubrimiento*: la relación (nRi) significa: una nación (n) es recubierta por la forma imperio (i); la relación (iRn) significa: un imperio (i) es recubierto por la forma nación (n). De manera que llegué a la conclusión de que las monarquías de cuño feudal se fueron sustancializando en naciones (n) que, a su vez, se fueron conformando en relación con los imperios (nRi). Al replantearme los conceptos de nación e imperio advertí que ya los había desplegado Aristóteles en la antigua Grecia.

§ 2. La Grecia clásica

Es habitual trazar recorridos históricos o conceptuales desde la Grecia clásica hasta la actualidad. En filosofía nuestras referencias son, desde luego, Platón y Aristóteles. Entre los dos nos han legado buena parte de los conceptos que aún utilizamos para tratar de entender el mundo, la política, la religión, el arte... y a nosotros mismos. Hace años, en un magnífico ensayo de Eugenio Frutos en el que narra los años ocultos de Aristóteles, pudimos comprender la gran aporía en la que se vio envuelto el estagirita: ¿defensor de la polis o del imperio alejandrino? La argumentación del catedrático de Fundamentos de Filosofía de la Universidad de Zaragoza venía a concluir que Aristóteles, que quizá estaba destinado a ser el filósofo del imperio macedónico, permaneció fiel a la polis —en lo que fue digno sucesor de Platón—, aunque valoró los dos modelos políticos (Frutos Mejías, 1982).

2. 1. Aristóteles

Aristóteles (-384 a -322) pertenecía al grupo social de los metecos. Su condición de extranjero le impedía poseer los derechos de ciudadano ateniense. Y sus fuertes lazos

con Macedonia despertarán el recelo del partido democrático de Demóstenes (-384 a -322), defensor de la tradición griega y desafiante al poder de Filipo. Enviado por su padre a estudiar en la Academia de Platón pronto brilló por su inteligencia y conocimiento. A la muerte de Platón, y al no haber sido nombrado sucesor del maestro, se estableció en Assos, donde se casaría con Pitia, sobrina del tirano Hermias, discípulo también de la Academia platónica. Asesinado Hermias, Aristóteles marchó a Mitilene. En -343 se produjo un hecho (histórico) que ha dado lugar a multitud de interpretaciones: Filipo mandó llamar a Aristóteles como tutor del pequeño Alejandro de trece años, quien con el tiempo se convertirá en Alejandro Magno. Aristóteles pasó tres años con Alejandro y otros seis tras su marcha a Pella. En -336 volvió a Atenas y fundó el Liceo en -335, una escuela a cuyo engrandecimiento contribuyeron Alejandro y su regente en Grecia Antípatro, consiguiendo para su biblioteca extraordinarios escritos, animales, plantas y los más variados objetos recogidos en las expediciones militares. También fue ayudado por Demetrio de Falero, que hubo de huir de Atenas, y que en Alejandría se convirtió en consejero de Ptolomeo Soter. Y hasta allá trasvasó las instituciones del Liceo en el Museo y su anexo, la Biblioteca alejandrina.

Durante la vida de Aristóteles se cruzaron los intereses de los macedonios en su expansión, que pretendían utilizar en su favor el prestigio de Atenas, y los intereses concretos de muchos atenienses que encontraban en la expansión macedónica una coincidencia en un viejo proyecto griego. Jenofonte había soñado con fundar una colonia de mercenarios en la costa sur del Mar Negro; y Gorgias llevar a cabo una guerra nacional contra Persia. Isócrates combinó ambas ideas: guerra contra Persia y colonización del territorio. Será Alejandro quien realizará el proyecto imperialista: conquistó Persia, explotó el trabajo de las poblaciones bárbaras a las que redujo a la esclavitud y, una vez pacificados los territorios por los ejércitos macedónicos, permitió a las polis, que iba fundando, que se dedicaran a los negocios privados y a la obtención de la felicidad. Incluida Atenas.

2. 2. En los márgenes de la polis: la esclavitud

Se entenderá mejor la razón por la que Aristóteles defendió la figura social y económica de la esclavitud, la parte pudenda de su filosofía: el esclavo es el bárbaro,

el no griego, el que vive en los márgenes y, por eso, el esclavo es un estado natural, al lado de vegetales o animales. Pero Aristóteles ya se encontró con una Atenas madura políticamente. Había sabido vincular los intereses de todas las poblaciones que allí se cruzaban. En nuestro ámbito, las primeras formulaciones de la filosofía (la llamada *metafísica presocrática*) se configuraron en las colonias, en el contraste entre la cultura ateniense procedente de los colonos y las culturas de los pueblos «bárbaros» que la rodeaban tanto en el Asia Menor (Mileto, Samos, Éfeso...) como en la Magna Grecia (Crotona, Elea, Siracusa...) (Bueno, 1974). La filosofía se habría originado, por tanto, acunada en un contexto de pensamiento *comparado*.

Primero, entre los griegos de la metrópoli y los pueblos de la periferia; más tarde, entre los pensadores de las colonias que necesitan pasar la prueba de la capital, Atenas. Así, Protágoras procedía de Abdera; Gorgias, de Leontini; y el propio Aristóteles, de Estagira. Atenas se convertirá en el lugar de encuentro en el que confluían culturas muy diversas y en el *ágora* se empezará a neutralizar la eficacia social de las antiguas tradiciones, de los *mythoi* antropomorfos o de las ceremonias religiosas. El resultado fue la invención de la filosofía como *Logos*. Pero también se requería la cohesión interna de la ciudad frente a los enemigos. Eneas Táctico (siglo -IV), que es considerado el primer griego en escribir un tratado sobre el arte de la guerra, anunció quiénes eran los enemigos de la polis: los desterrados, siempre dispuestos a volver para vengarse de su situación; las otras ciudades en competencia comercial; los forasteros; y los mercenarios⁴. Y se va cerrando la ciudad poco a poco, hasta la planificación racionalista de Platón en la *República* y, de manera más radical, en las *Leyes*. La ciudad siempre se encontrará en situación de conquista y sus habitantes en disposición de cerrar filas. En un escenario límite de defensa, militarizado, el ciudadano lo será dentro y fuera: allí donde hay un griego hay una polis: «A cualquier parte que vayas, serás una *polis*».

Si en Platón la filosofía cristalizó en el cruce entre la tradición ateniense de la *politeia* —que había reemplazado a la monarquía y que designaba tanto a la constitución y sus instituciones como a la misma comunidad cívica y el ideal de la tradición espartana—, en Aristóteles la *politeia* se cruzó con la expansión colonizadora de la monarquía

⁴ Por ejemplo: «Cuando se va a realizar una empresa con ayuda de soldados mercenarios, los ciudadanos que los introducen deben sobrepasar siempre en número y en fuerza a los mercenarios: de lo contrario, ellos y la ciudad quedan a su merced», Eneas el Tácito. (1991: 59)

macedónica. Ahí se encuentra la *aporía real*, el desgarramiento en el que se mueve Aristóteles: las normas de democracia y moralidad de la clase media, de la *isonomía* o *nomos* común, de la igualdad, de la *omónoia* (unidad griega) son incompatibles con el poder del uno, del monarca, del rey.

Pero Aristóteles no es un político que se preocupara por el día a día de la gobernación, sino por cuál es el mejor gobierno. Y si Alejandro es rey, entonces la polis desaparecerá, porque con el rey se introduce la *ananké* impredecible, el azar (*tyché*). Y, sin embargo, Alejandro existe. Aristóteles vive ese desgarro entre su vida en la polis, que es la única forma de vida humana que permite vivir una vida sensata: «La ciudad es anterior a la casa y a cada uno de nosotros» (*Política*, 1253a18) y la excelencia de la monarquía. Pero la filosofía no puede adquirir la forma de propiedad privada, la filosofía se halla en el *Logos* común que autoorganiza su certeza. El poder del Logos no puede instalarse sino en la ciudad, pues el fracaso del rey filósofo ya ha sido verificado con Platón en Siracusa. La relación entre Aristóteles y Alejandro sería, entonces, un episodio crucial. Aristóteles se mueve en los condicionales: «Si el régimen intermedio, el democrático, es el más estable, el régimen monárquico es el más virtuoso». Y si su pretensión última es salvar la vida filosófica dentro de la polis, la gran realización civilizada de la polis, no será posible sin la libertad y la ciudadanía cabal; mas no por ello condena la monarquía, un gobierno justo si se dan las condiciones adecuadas:

Y cuando sucede que una raza entera o incluso cualquier individuo llega a distinguirse de los demás por su virtud tanto que la de aquel sobrepasa a la de todos los demás, entonces será justo que esa raza sea regia y soberana de todo y que ese individuo sea rey. [*Política*, 1288a5]

Si Aristóteles defendió la esclavitud, lo hizo desde las coordenadas mismas de la ciudad, de la polis, de la Grecia civilizada, desde las comunidades de lengua griega que viven en polis, frente a los bárbaros, que no hablan griego, sino que balbucean un incoherente *bar-bar-bar...* Aristóteles defendió que hay esclavos por naturaleza, esclavos que no forman una clase social, sino natural (*Pol.* 1253b32-34). El trabajo no es aquí un acontecimiento medible, porque el objeto producido forma parte de las necesidades de alguien: la casa para ser habitada, la escultura para ocupar su lugar en el templo... Y no es que Aristóteles no sea consciente de la división entre valor de uso y valor de cambio (*Ética a Nicómaco*, 1133a27-31); ahora bien, el *Valor* no es el patrón

primero del cambio, sino la *Necesidad*, que garantiza la permanencia de todas las comunidades (*Ética a Nicómaco*, 1133a20). En las polis griegas, los límites energéticos se encontraban: a) en el Primer Motor, que pone en marcha el Cosmos como totalidad, y en el Sol, causa próxima o fuente de energía exterior; b) en el poder reproductivo de las mujeres y en el trabajo esclavo, causa próxima o fuente de energía en el interior; c) y, entre el Sol y la polis, en la franja del territorio de los bárbaros (*barbaroi* = los que balbucean) y su potencial de trabajo. Había esclavos de propiedad privada, que trabajaban en las minas (muy tóxicas) de plomo con gran contenido de plata; en la agricultura; en los trabajos domésticos... Y esclavos de propiedad pública, los *demósioi*, dedicados a la burocracia... Al quedar en el exterior de la polis, los bárbaros podrían ser conquistados cuando fuera preciso.

Ahí se anuda la aporía real en la que se mueve Aristóteles. ¿Cómo vincular las normas cívicas de la democracia y la moralidad de la clase media —*isonomía* o *nomos* común—, el poder expansivo del monarca —del mejor, del más virtuoso— y la no humanidad del esclavo —que no se pertenece a sí mismo sino al amo—? ¿Cuál es el mejor gobierno para esa compleja polis? Pero Aristóteles ha aprendido en la Academia de Platón el compromiso con la Verdad, con el trabajo teórico que está más allá de los intereses políticos del momento.

La batalla a favor y en contra de la esclavitud se disfraza de muchas maneras, pero detrás late siempre aquella aporía que vivió hasta el fondo Aristóteles: la tensión entre el compromiso con la estructura política que hace posible la ciudadanía y su culminación en la vida filosófica y contemplativa, y un compromiso con la realidad, que lo saca de esa polis hasta el terreno de lo desconocido, del mundo bárbaro, de lo Otro, que define por contraposición lo Mismo. Lo Mismo y lo Otro, los dos géneros máximos de la dialéctica platónica que permiten conjugar la Ideas, se convierten en los límites materialistas de la polis aristotélica (Figura 1).



FIGURA 1 Los límites energéticos de las polis griegas

¿Y quién tiene más derecho a habitar Atenas? ¿Los que llevan viviendo ahí durante generaciones o los extranjeros que llegan a Atenas de todos los rincones de los alrededores?

Vengamos, entonces, a la Europa que se considera un pueblo especial, siguiendo el principio de la superioridad tradicional aristotélica: «El pueblo griego está hecho para mandar y los pueblos de Asia para obedecer» (*Política*, 1327b; según paráfrasis clásica) en el exterior y el axioma de Tucídides: «Siempre ha sido normal que el más débil sea reducido a la obediencia por el más poderoso [αἰεὶ καθεστῶτος τον ἡσσω ὑπο τοῦ δυνατωτερου κατείργεσθαι]» (*Historia de la guerra del Peloponeso*, I.76.2). Este será el esquema imperial, de expansión, que marcará a Occidente. Un modelo que ha concluido. Concluyó, precisamente, en el momento en que no hubo más «tierra de bárbaros», lo que he llamado el *cierre antropológico de la tierra*. Una vez consumada la expansión por todo el globo terráqueo y unificado por el comercio y la fuerza militar, pudo llegarse a la conclusión de que toda la humanidad pertenecía a la misma especie y que todos los hombres poseen la misma dignidad, es decir: «No hay esclavos por naturaleza». Pero esta conceptualización de los seres humanos no fue un axioma, sino el resultado de un proceso complejo. Y este es el gran tema de nuestro tiempo: *¿cómo habitar la tierra tras el cierre antropológico del globo terráqueo* en el cruce de tantos pueblos, creencias, religiones, valores y expectativas? Es el mismo gran tema del tiempo propio de la Grecia clásica: *¿cómo habitar la polis* en el cruce de pelasgos, aqueos, dorios, jonios, eolios, arcadios...? En todo caso, no cómo habitar *mi tierra* (*suelo y sangre, lugar sagrado...*)

Aristóteles, más que con el modelo nacionalista, tiene que ver con la aporía entre la polis protegida de Eneas Táctico y de Platón y el impacto del imperio macedonio de Alejandro. Esto es lo que he querido significar: desde la formación de los imperios, Ruta y Frontera quedan así intrínsecamente vinculadas; de manera que es necesario algún principio que los conjugue.

Estos dos modelos fueron desarrollados más tarde por los pensadores islámicos, entre los que destacamos la división establecida por Ibn Jaldún (1332-1406) entre *nomadismo* y *sedentarismo*. Las fronteras, como sabía el andalusí, invitan a los hombres a abandonar el nomadismo y a disfrutar de las delicias de la ciudad, y los incita a abandonar la religión y a corromper su alma:

Un pueblo que se halla en la abundancia se entrega naturalmente a todos los usos de la vida urbana y prontamente se conforma a ellos. Ahora bien, en ese ambiente de la existencia, la civilización consiste en la introducción de cuanto género de lujo, en el esmero por lo mejor y en la aplicación al cultivar las diversas artes: como, por ejemplo, el arte culinario, que se ha ingeniado para el refinamiento de la cocina, el arte de vestir, de la construcción, de los tapices, del mobiliario, del menaje y demás primores que constituyen el conjunto de una elegante residencia. Para alcanzar un resultado satisfactorio en cada una de estas facetas, se requiere el concurso de varias artes de las cuales no hay menester alguno en la vida nómada, ni tampoco quien las procure. Cuando se ha llevado hasta el último límite la elegancia en todo lo que se refiere al despliegue doméstico, uno cede a la seducción de las pasiones, y los hábitos del lujo comunican al alma una variedad de impresiones que le impiden mantenerse en la vía de la religión y alteran su tranquilidad en este mundo. [Ibn Jaldún, 1987: 657]

Y también por los pensadores españoles al encontrarse con las Américas. Francisco de Vitoria (1483-1546), teniendo como referencia la conquista amerindia por parte de Portugal y de España, propuso el principio del *ius communicationis* (Vitoria, 1998: 129 y ss.)⁵, el principio de «sociedad y comunicación natural», que viene a significar que todos los hombres tenemos el derecho de hacer intercambios con los demás humanos, cualesquiera sean estos y cualquiera que sea el lugar en el que habiten.

§ 3. Rutas y fronteras

La historia lineal nos tiene acostumbrados a arrancar de un estado inferior desde el que nos lleva a otro superior. Podemos seguir la serie indefinidamente tanto hacia el pasado —cerrado e imperfecto— como hacia el futuro —abierto y perfectible—, que es la teoría del progreso; o cerrarla definitivamente en un estadio final, perfecto, que es la teoría hegeliana que culmina en el Estado y el Saber Absoluto. Pero también podemos seguir el camino inverso: comenzar desde el momento presente, desde algún fenómeno que nos suscite alguna aporía, contradicción o paradoja y las condiciones en las que se generó. Todavía quedarán españoles que recuerden cómo Europa se situaba en el mundo como centro de *apertura de rutas*, de emigración y acompañaban a

⁵ El título que da derecho a los españoles a recorrer los territorios de las Indias procede de justificaciones que pueden entenderse desde una perspectiva ontológica: «Los hombres son, luego tienen derecho a sociedad y comunicación natural».

irlandeses, franceses, holandeses, alemanes... a buscar fama y riquezas en las Américas, en Australia, en África... En la posguerra de la guerra (in)civil (1936-1939), muchos españoles debieron emigrar, y no solo por razones políticas, ante la falta de posibilidades de una España devastada: ahora no solo allende los mares, sino a la misma Europa: a Alemania, a Francia, a Suiza, a Inglaterra... Con su trabajo, los emigrantes ayudaron a reconstruir esa Europa igualmente devastada por la Segunda Guerra Mundial (IIGM). Pero aquella autodestrucción obligó a transformar a la misma Europa y a cambiar el sentido de las Rutas. Uno de los aspectos más decisivos que sufrió fue el de pasar de «imperios colonizadores» a «naciones colonizadas» tanto por los países vencedores —los EE.UU. y el plan Marshall— como por las antiguas colonias. A partir de 1945, Europa inició una reconstrucción para alcanzar una nueva sociedad más o menos estable en lo económico, en lo militar y en lo ideológico. Este periodo, que los sociólogos han denominado *Poshistoria* o *Posmodernidad*, pretendió —y sigue aún en ese estadio— «pasar página». Nadie quiere hacerse responsable de haber sido un antiguo imperio colonizador, esclavista y aun exterminador; ni de las bárbaras guerras del siglo XX; ni de la *Shoah*; ni de la Francia de Pétain; ni del fascismo italiano; ni de la impostura de tantos artistas e intelectuales (Judt, 2007; Riding, 2011). ¡Que los alemanes carguen con toda la «culpa»!:

Muy pocos hombres y mujeres de aquel momento estaban dispuestos a culpar a sus conciudadanos de los crímenes más abominables. Por ello, se acordó unánimemente que *los alemanes* debían asumir toda la responsabilidad. [Judt, 2008: 90]

Una culpa que se puede descargar contra España, el eslabón más débil de la cadena (como hace Christiane Stallaert —2006—, por caso). Se busca la unión europea y, aunque las naciones siguen dominando la política, el Parlamento de Bruselas trata de debilitar una parte de su beligerancia, siempre presta entre las naciones-Estado más poderosas, aunque se produzcan crisis económicas, políticas o de identidad cultural-nacional cada cierto tiempo. Y, aun así, no pudo impedir el *Brexit* del Reino Unido. Si ya no existen imperios europeos y las naciones son meros simulacros, ¿de qué cosa es, entonces, capital Bruselas? Las categorías históricas tradicionales, las interpretaciones psicologistas o sociológicas vienen a justificar posiciones; y aun hay sectores que se consideran puros, auténticos —*buenos*— y achacan todos los males a los otros, a los

que consideran impuros, inauténticos —*malos*—. Es el *pensamiento gnóstico* que atraviesa el pensamiento europeo y que estudio en el volumen 4 de *Más allá de imperios y de naciones*. Para salvar estas explicaciones maniqueas de países que no han superado el duelo de aquellas barbaries, es necesario, me parece, salir de la visión que dan las historias nacionales, siempre sustancialistas. He propuesto otro tipo de conceptos que se ajusten mejor a la realidad que vivimos, a esta reordenación del globo terráqueo que juega con desplazamientos de poblaciones y de resistencias de las naciones ya formadas, en los procesos de descolonización tras el *cierre antropológico de la tierra*, es decir del Cierre que engloba ya a todos los habitantes de tierras y mares del Globo terráqueo.

3. 1. *Hipercategorías*

He utilizado unos conceptos que he llamado *hipercategorías* para dar cuenta de las Rutas que abren los grandes movimientos migratorios que se han dado desde los primeros pueblos que salen de África y se expanden por el continente euroasiático hace más de 30 000 años y los fenómenos no menos poderosos de las Fronteras que algunos grupos dibujaron cuando se encontraban fuentes de energía que podían utilizar para resistir o enfrentarse a otros grupos competitivos formando imperios. Desde las *hipercategorías* se neutraliza el efecto de las historias nacionales, que están escritas desde la posición de las naciones-fronteras ya constituidas.

El siguiente paso, obviamente, es el de la elección del método. Hay dos métodos para establecer las series históricas: el hegeliano, de raíz cristiana, coloca todos los aspectos, sucesos y acontecimientos de tal manera que conducen al Poder que hayamos elegido: Napoleón, Bismarck o Hitler. Y otra historia, que asocio más con Juan Andrés o, para acogerme a la seriedad germana, con Max Weber: la historia que llamo «dendrítica», que permite explicar la Complejidad, que no es anulada por sucesivas negaciones como hace la dialéctica hegeliana, sino que en los choques se van conformado otras muchas formas de pensamiento, pero, sobre todo, de costumbres, de valoraciones, de creencias o de expectativas. La mejor desmitificación de esta historia hegeliana, lineal, la he leído en la crítica de Hans Joas del «mito europeo», el

cual, de manera rutinaria, se acepta casi como un dogma en las historias de la filosofía española:

[La imagen histórica] insoportablemente *narcisista* y *parcial*, en sentido protestante, de un auge lineal producto del Renacimiento, la Reforma, el comercio, las ciudades, la imprenta, la filosofía, las ciencias naturales, la soberanía nacional, la que marca a la temprana Edad Moderna. [Joas, 2005: 79]

3. 2. La ruta de la cristiandad, civilización, progreso, historia

De todas las Rutas que abrieron los pueblos primitivos y más tarde organizados en imperios, nos centramos en la que abrió la cristiandad por las monarquías feudales a través de la Iglesia de Cluny-Roma. Uno de sus efectos más decisivos para la historia del ser humano fue el toparse con un continente desconocido para los cristianos europeos, las Américas, y el subsiguiente recubrimiento de prácticamente toda la tierra: a finales del siglo XIX casi la totalidad de los pueblos de la tierra quedaron vinculados militar, política o comercialmente. A este acontecimiento es al que he llamado *cierre antropológico de la tierra*.

Este fenómeno de abrir Rutas, cerrar Fronteras y mezclar pueblos y religiones, creando una gran Complejidad en las relaciones entre los individuos, ha ocurrido en multitud de ocasiones⁶. Los distintos imperios habían abierto rutas por tierra y mar, conectando múltiples zonas del globo terráqueo. Fue la apertura de estas rutas la que permitió intercambiar productos entre Europa y China a través de la ruta de la Seda, que se remonta al año -500. Sólo el continente americano había quedado fuera de estas rutas y estuvo aislado durante cientos de años del continente euroasiático. Un continente descubierto y colonizado por los europeos.

⁶ Desde el primero de los imperios conocido, el de Irán, al que han seguido otros muchos: el Imperio elamita (-3000 a -500); el Imperio asirio (-1000 a -612); el Imperio meda (-612 a -550); el Imperio persa aqueménida (-550 a -330) (es en esta época cuando surge la religión de Zoroastro); el Imperio macedónico de Alejandro Magno (-323 a -247); los Imperios seléucida (Mesopotamia) y ptolemaico (Egipto) del período helenístico; el Imperio de los partos (-247 a -224); el Imperio sasánida (-224 a -651), el Imperio omeya (661-750); el Imperio de los abasíes (750-1220), que se fragmentó por el ascenso al poder de la dinastía de fatimíes chiitas en Túnez y, después, en El Cairo; los turcos seléucidas que conquistaron Persia (1040-1194); el Imperio mongol de Genghis Khan (1220-1256); el Imperio de Tamerlán con capital en Samarcanda; las dinastías musulmanas: Ilkhaní (1258-1335); Timurí (1370-1501); Safavi (1506-1722)... O los más cercanos imperios en el llamado Occidente: el Imperio romano y el Sacro Imperio Romano Germánico.

§ 4. La diferencia específica de Europa: multitud de imperios simultáneos



MAPA 1: **Diez cabeceras para diez imperios.**

Pero, y esta es la nota diferencial respecto de otros imperios, no fue *el* imperio, que iba absorbiendo a pueblos y aun a otros imperios, a partir de un centro político y religioso. En la Europa de los siglos XVI-XIX, en poco más de tres siglos se formaron desde una misma religión, el cristianismo, y desde un mismo concepto político, las monarquías dinásticas, hasta

diez imperios que se expandieron desde territorios mínimos. Primero fueron Portugal, España y Holanda; después, Francia e Inglaterra, a los que se añadieron otros dos, aunque en menor escala: Dinamarca y Suecia; y, en fin, irrumpieron otros tres: Alemania, Italia y Bélgica, a los que habría que sumar el Imperio otomano turco. Y cada imperio-nación tenía sus propios «bárbaros». Si el lector se acerca a una esfera del globo terráqueo observará, no sin perplejidad, que estas diez cabeceras de imperios se encuentran en un territorio que apenas si aparece como una mota en el conjunto de tierras y mares del planeta Tierra. ¡Diez imperios en tres siglos y en un territorio mínimo! Diez imperios que no se absorbieron los unos a los otros y que se mantuvieron independientes y, prácticamente, con los mismos objetivos, de hacerse con el dominio de la tierra toda. Esta anomalía es la que requiere explicación. Nada que ver con los imperios de los mandarines chinos, de los zares rusos, etc., que se caracterizaron siempre por poseer un centro de poder. En Europa se establecieron, como poco, ¡diez centros de poder!: Lisboa, Sevilla-Madrid, Ámsterdam, París, Londres, Copenhague y Estocolmo. Y, tras la Conferencia de Berlín (1884), se unieron al club Berlín, Roma y Bruselas, además de Ankara (Mapa 1).

Esta realidad político-militar-económica torna obsoletos los planteamientos de la filosofía política tradicional, de Maquiavelo a John Rawls, que toman como parámetro de proporcionalidad el «buen ordenamiento» (Aristóteles, *Política*: 1321a) de las naciones. La llamada *Edad Moderna* es un concepto exclusivo para referirse a la Europa en expansión por mares y continentes, muy diferente a la expansión imperial de Atenas. Porque en la Europa moderna no hubo una, sino múltiples polis que conquistaban a «sus bárbaros» de manera diferente. «Allí donde vayas serás: portugués, español, neerlandés, francés, inglés, danés o sueco. Alemán, italiano o belga». Habría tantas clases de bárbaros como de naciones-imperios. Esta nota fundamental es la que caracterizó la gran bifurcación europea, y que sigue orientando la vida de los europeos. Las naciones imperio europeas no se definieron respecto de los «bárbaros», sino desde las otras monarquías (imperios, primero; y naciones-imperio, después). Desde el inicio mismo, los conflictos fueron entre europeos, como puede ejemplificarse en los escritos de Hugo Grocio (1583-1645). En su obra *Mare liberum* (1609) si bien apela al derecho de gentes, lo hace en defensa de los intereses holandeses en contra de la utilización monopolizada por España y Portugal, a los que se iba uniendo Inglaterra. No es sobre el derecho a «navegar» sobre lo que discute Grocio, sino sobre el derecho a «comerciar» (cf. Fernández Buey, 1995: 80-81). En definitiva: lucha entre naciones europeas por su parte en la tarta imperial, que, en algún caso, pretendían quedársela toda.

¿Cómo resolver esta cuestión nuclear? Las respuestas políticas, de las derechas y las izquierdas, de los centros y de los extremos, siempre se encuentran con este nudo gordiano que no logran desatar, sino cortando a la manera de Alejandro de un tajo: culpando al otro.

4. 1. La Europa cristiana: sus bifurcaciones y sus legitimaciones

La Europa cristiana inició la Ruta (imperial) de manera clásica organizada en torno a un centro, el papado, que pasó de Cluny a Roma. La Singularidad de esta Ruta se inició a principios del siglo XVI con el descubrimiento de las Américas. El papado, centro organizador la cristiandad, no tuvo la suficiente fuerza para mantener vinculadas a las distintas monarquías y, además, cometió lo que fue considerado como

una afrenta: al conocerse la existencia de tierras *plus ultra* (más allá), el papado las donó, como si fueran de su propiedad, a Portugal y a España. Una tesis que fue defendida por el mercedario y jurista portugués Serafim de Freitas (c. 1570-1633) en su tratado *De iusto imperio Lusitanorum Asiatico* (1624): la legitimación del comercio se cimenta en la donación del papado (cf. Martínez Torres, 2017). La legitimidad de un imperio se establece no por la mera fuerza, sino por ser efecto de una donación. De ahí la pertinencia de la pregunta: ¿es legítimo entregar a dos monarquías las dos terceras partes del mundo, como hizo el papado con Portugal y España en el Tratado de Tordesillas (1494)? Si esta es la cuestión, también la respuesta sigue siendo pertinente: en el caso de que el papa Alejandro VI tuviese poder para organizar la expansión marítima, ¿por qué dividir el mundo en dos hemisferios, oriental y occidental, uno portugués y otro español, y no ampliarlo a toda la Europa cristiana —como se venía haciendo en las cruzadas—, si el objetivo último era expandir el cristianismo por toda la tierra? Sin olvidar que a la campaña de Granada, del mismo año del «descubrimiento», se allegaron soldados mercenarios suizos, arqueros y nobles ingleses capitaneados por el hermano de la reina Isabel de York, esposa de Enrique VII, sir Edward Woodwill, nobles franceses, artilleros alemanes o nobles flamencos encabezados por Pierre Alamanç, etc. (cf. Benito Ruano, 1978).

El Tratado de Tordesillas provocó que cada monarquía cristiana, si tenía suficiente fuerza, se lanzase a abrir una ruta para su beneficio. Y las luchas tanto belicosas como propagandísticas no se hicieron esperar. Además de portugueses y españoles, todos entraron en liza: neerlandeses, franceses, británicos, y aun daneses, suecos y, después, alemanes, italianos, belgas... Todos pretendieron ser las cabeceras de esta expansión. Llevaban la *particularidad* de su monarquía, pero habían heredado la *universalidad* cristiana. Europa, que se considera cultura universal, no puede realizarla porque ha renunciado a ser el *telos* de la humanidad, dice Edmund Husserl, remitiendo no al cristianismo, sino a Grecia (*La crisis de las ciencias europeas*). O quizá no puede hacerlo, porque cada imperio-nación pretende imponer su particularidad como universalidad. Esta situación define el drama europeo, la cuestión a tener presente.

La «expansión/contracción territorial de la política europea», que expresaban la discontinuidad conceptual entre imperios y naciones, fue el descubrimiento que me llevó a escribir *Más allá de imperios y de naciones*. Las monarquías al expandirse saltaban

a Imperios: monarquías imperiales. De esta manera, se explican las aporías que provocó la Declaración de Derechos Humanos que he tratado profusamente en *El esclavo, sombra de su señor* (2021). La contradicción que arrastra siempre es la misma: la confrontación de las naciones por la universalidad es lo que hace que los Derechos Humanos siempre choquen con los derechos del ciudadano (nacional). Los imperios-naciones, siempre en guerra entre sí, tratarán de aparecer como las partes que reflejan la universalidad. Y desde cada imperio-nación (iRn) se llevará a cabo de una manera diferente. En este instante se pasa de la historia a la ideología (historiografía), que es como muchas veces tratamos de explicar la historia: desde lo que han pensado los filósofos, políticos o intelectuales de *cada uno de los imperios-nación*. El diálogo entre ellos, como cabría esperar, es un diálogo de sordos, es decir, de monólogos y, sobre todo, de propaganda.

Cada imperio-nación buscó una justificación, una legitimación del papel que ocupaba en la expansión de la Ruta. Las primeras polémicas se llevaron a cabo entre los reformadores y los contrarreformadores. Después, cada imperio-nación siguió un curso diferente. Así se explica ese fenómeno que asocia los tres «imperios» filosóficos a las «tres grandes naciones: Francia, Inglaterra y Alemania», la triarquía de Moses Hess, que, en realidad, es la justificación de la universalidad contemplada desde la particularidad de cada una de estas naciones-imperios (nRi). Y aquí también encontramos un patrón o modelo de plantear la legitimación. En Inglaterra y Francia lo harán desde la Idea de Universalidad; y en Alemania, desde la Idea de Totalidad. Veamos las diferencias.

En lógica se distingue entre el cuantificador acumulativo (atributivo), en inglés *all* y el cuantificador distributivo, en inglés *any*. Es una distinción que procede ya de Duns Escoto, que distinguía dos cuantificadores de generalidad, universalidad: cualquiera (*unusquisque*) en el sentido de tomemos lo que tomemos; y todo (*omnis*), en el sentido de cada, consecutivamente, distributivamente. Cuando el universal está constituido por acumulación, considerado atributivamente, para señalar el todos que lo define se utiliza el término inglés *all* (todos; en el sentido lógico, con un cuantificador universal: $\forall xPx$). Si el universal está constituido por distributividad, es decir, por alguna característica que se distribuye por sus miembros de uno en uno, el término utilizado

es *any* (en el sentido lógico, sin cuantificador *Pa*: uno cualquiera) (cf. Mangione, 1976: 237).

—Inglaterra, desde el *universal atributivo* (*Pa*), que se forma por extensión, acaparando todos los territorios y mares de la tierra. Puso en marcha esquemas históricos con el fin de que todo hecho, acontecimiento o Singularidad histórica, quedasen subordinados al imperio inglés. Las diferencias de los pueblos se dirigen hacia su fusión final en un único pueblo. Es la utopía del industrialismo perfecto de Herbert Spencer (1820-1903), en donde la humanidad se reconcilia componiendo un rico mosaico de órganos especializados en funciones diferentes. El Estado —dirá Thomas Jefferson— no debe entrometerse en la vida, creencias y valores de los pueblos que constituyen la humanidad toda.

—Francia, desde el *universal distributivo* ($\forall xPx$): desplegando la Razón en los miembros particulares, que quedarán así vinculados a la Francia educadora e ilustrada como el elemento más revolucionario del mundo. Auguste Comte (1798-1857) explicó el paso de una época fetichista a otra metafísica, que daba paso a la época positiva, cuyo modelo era Francia. La Sociedad reemplazaba a la Monarquía. Y la Sociedad era, por antonomasia, la nación francesa. François Guizot (1787-1874) comenzaba su *Historia de la civilización en Europa* (1835) señalando, por encima de cualquier duda, que Francia ha sido el centro, «el hogar de la civilización de Europa». Y para Jules Michelet (1798-1874), que puso las bases del nacionalismo republicano francés, Francia posee la peculiar misión histórica de llevar el Progreso y el humanismo a toda la tierra.

—Al entrar en liza Alemania, más desde el desiderátum, del deseo de ser un imperio, que de serlo realmente. De ahí ese dicho de Marx: los alemanes han pensado en política lo que otros han hecho.

Los alemanes *han pensado* lo que los otros pueblos *han hecho*. Alemania ha sido su conciencia teórica. La abstracción y elevación de su pensamiento marcharon siempre a igual paso con la unilateralidad y la humildad de su vida real. [Marx, 1968]

Los pensadores alemanes cambiaron la estrategia filosófica: no por universalización, sino por totalización. Así Johann Gottfried Herder (1744-1803), la

historia cruza dos tipos de totalidades (Herder, 1959; 1982). Por una parte, la totalidad que llamamos *atributiva* o *acumulativa* (T), un conjunto de hechos o sucesos ininterrumpidos que se despliega desde los seres naturales hasta los seres bípedos y constituye el punto terminal, privilegiado y único del desenvolvimiento progresivo de la naturaleza. El Estado no puede ofrecer más que instrumentos artificiales para gobernar, pero no nos puede arrebatarse a nosotros mismos. Las relaciones que constituyen la felicidad humana son los padres, los hijos, los amigos en sus relaciones naturales. La sociedad artificial convierte al hombre en una abstracción y, en el límite, en una sociedad cosmopolita.

Ahora bien, sobre esta historia acumulativa, Herder trazó otra totalidad de tipo *distributivo* (D): el plan de Dios, el espíritu dividido según círculos culturales. La presencia de Dios en la historia evitaba que esta trascorra como un conglomerado de fuerzas irracionales. Cada acontecimiento y cada individuo encuentra su realización plena al ser un fin en sí mismo dentro del círculo cultural en el que se encuentren. Sin esa estructura, los individuos quedaríamos aislados, desvinculados o incomunicados. Herder se mueve, por tanto, en el terreno de las *clases combinatorias* (\mathbb{C}): todos somos hombres, aunque cada uno realicemos con libertad nuestra individualidad.

Mas al llegar aquí, Herder bloqueó su propia tesis: en vez de dejar que esas clases combinatorias se estructurasen según sus propios términos, hipostasias una de ellas: la nación alemana. ¿Por qué? Si bien cada sujeto se ha de realizar en estas totalidades o círculos culturales, que pasan a ser ahora los auténticos sujetos ontológicos de la historia universal, las culturas ni son ontológicamente iguales ni contribuyen de la misma manera a la formación de la cultura universal, de ese «reino de los cielos en la tierra». De modo que revoca todo su planteamiento. En primer lugar, al considerar que cada grupo o pueblo posee caracteres que lo singularizan y que son inalterables: la ley inexorable del destino: «Hombre, nunca has sido, casi contra tu voluntad, más que un pequeño instrumento ciego»; y, en segundo lugar, al pretender colocar a una de esas clases por encima de las demás: la cultura cristiana desarrollada por los germanos. Y esta es la conclusión que sacará Johann Gottlieb Fichte (1762-1814) en los *Discursos a la nación alemana*:

Sois vosotros, alemanes, quienes poseéis más nítidamente que el resto de los pueblos modernos, el germen de la perfectibilidad humana y a quienes corresponde encabezar el desarrollo de la

humanidad [...] si vosotros decaéis, la humanidad entera decaerá con vosotros, sin esperanzas de restauración futura. [Fichte, 1977]

Esta es la fuente de G. W. F. Hegel (1770-1831), que luchó denodadamente toda su vida intelectual para compaginar la unidad del todo y las partes, de la unidad en la pluralidad.

* * *

La conclusión de todo ese estudio es que las historias de las naciones europeas hay que estudiarlas desde fuera de las naciones, desde la historia de Europa, que es donde adquieren sentido y significación sus estrategias y sus resoluciones históricas. Francia no es nada sin Inglaterra y sin España, España sin Flandes, sin Italia, sin Gran Bretaña, y así toda la combinatoria posible. Las historias de España, Países Bajos, Francia o Reino Unido no son sino episodios de la Historia europea en su expansión por todo el globo terráqueo hasta abrazarlo (casi) en su totalidad. Esto fue lo que aconteció y lo que la arrogancia feudal-nacional oculta.

La separación de una Edad Media y una Edad Moderna es un subterfugio para evitar ver a la Europa comandada por el papado y las monarquías cristianas como una unidad en expansión por todo el mundo. Esa es una gran trampa conceptual, que obstaculiza la comprensión de la historia de Europa. La Unión Europea de la posguerra y la posmodernidad, más allá de imperios y de naciones, podría empezar por reconocer esta unidad de conquista escalonada europea: desde las Cruzadas y la exploración de las costas africanas por las monarquías europeas, moduladas por el papado. Los primeros imperios luso ibéricos. La colonización «marítima» de los océanos y las guerras coloniales entre imperios: los más poderosos —neerlandés, francés y británico—, y los menos —danés y sueco—. La colonización europea «terrestre» de África: Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Italia..., que generarán las dos guerras mundiales. Y, en fin, el *colapso* de los Imperios-nación/Naciones-imperio europeos, al final de la Segunda Guerra Mundial.

§ 5. El cierre antropológico de la tierra

España jugó, y sigue jugando, un papel de transición. Hispania es un territorio fronterizo desde el siglo VIII cuando los reyes carolingios francos, los otónidas sajones, los salios renanos, los Hohenstaufen suabos, los Luxemburgo lotarienses, los Habsburgos austríacos o los asturleonese, castellanos y aragoneses se fueron organizando contra la otra gran Ruta que habían abierto los árabes musulmanes con centro en Bagdad. No hay historia de España fuera de la historia de Europa; y, a la vez, no hay historia de Europa sin historia de España. Este será el hilo conductor de todo el tejido aquí presentado. España, que fue la Hispania frontera de un conjunto de tierras cristianizadas, dominadas por el eje Cluny-Roma, se transformó, por mero accidente (singularidad histórica) en el centro de un Imperio, en el que «no se ponía el sol». La península ibérica jugará el papel de Frontera, una frontera muy elástica y maleable entre las cordilleras cántabra y bética. Resumiré las tesis:

Asociamos la historia de Hispania/España/Hispánica a los hechos (históricos) que ocurrieron en la península ibérica, frontera con el islam. La *sharía* es una forma de vida y pensamiento que se expandió desde Arabia abriendo múltiples Rutas, una de las cuales llegó hasta el norte de África y cruzó el estrecho de Gibraltar (711). Desde ese momento, la Historia de Hispania quedará englobada en la Historia de la Europa cristiana que resistió al islam y respondió mediante un modelo político y vital *sui generis*, mezcla de Cluny, Roma y pueblos de más allá del Danubio. Cristianismo (monarquía carolingia y papado) e islam (Emirato y Califato de Córdoba, taifas, bereberes) quedarán enfrentados y la península ibérica jugará el papel de Frontera elástica, en donde se jugaba una de las bazas más decisivas entre ambas religiones.

Durante un largo periodo —conocido acriticamente como *medieval* y al que insisto en llamar *Edad del Libro*— el cristianismo va con-formando una unidad organizada en red: primero desde Cluny y después, desde Roma, defendida por los guerreros de las dinastías merovingia y carolingia de los francos, y las dinastías otónica y Hohenstaufen de los germanos. A estas dinastías se unirán otras fuerzas militares: las de los sajones británicos, las de las ciudades italianas o las de los descendientes de los visigodos hispanos.

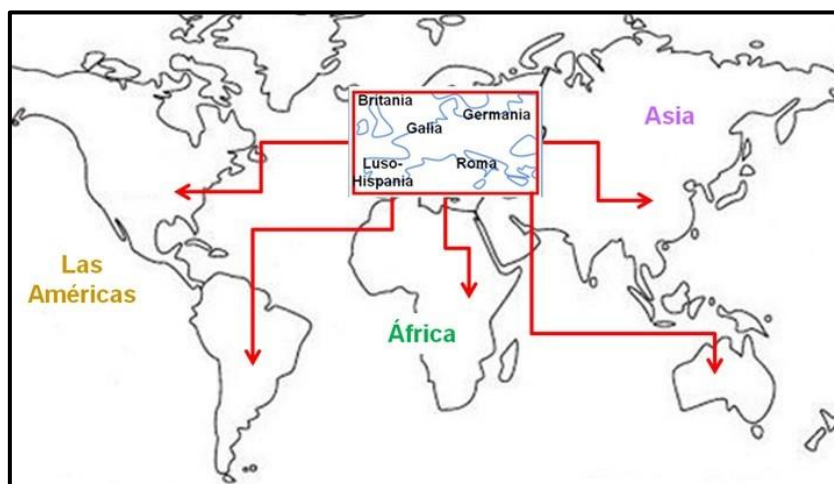


FIGURA 2: Pluralidad y unidad colonizadora a partir de los grandes ámbitos culturales europeos

Las luchas internas entre las distintas formas de entender el cristianismo, entroncadas al poder —los herederos del Sacro Imperio Romano Germánico; los erasmistas de la *Universitas Christiana*; o el *dominium mundi* de la Monarchia Universalis— dividieron a la cristiandad en el siglo XVI en dos amplias fuerzas político-religiosas: los países de la reforma (luterana, calvinista...), alrededor de las incipientes *naciones*: Holanda e Inglaterra, y los países de la contrarreforma (jesuítica, dominica...), alrededor del *Imperio* tradicional. Ahora bien, y este enunciado es esencial para seguir el argumento, lo que es una divergencia local europea conforma una unidad global respecto de la expansión colonial, en dos momentos: el primero, protagonizado por los imperios ibéricos —luso y español—; el segundo, por los imperios holandés, francés y británico, y, finalmente, por el alemán (Fig. 2). La acción imperial se identificará, por abstracción, con el Capitalismo; y la acción nacional se identificará, por absorción moral (la virtud de Rousseau o de Saint-Just), con el Pueblo de Dios.

Y es en la lucha entre las monarquías que se estaban constituyendo en imperios en donde se produce el fenómeno de los nacionalismos. Esta historia es la que he investigado en los dos primeros volúmenes de *Más allá de imperios y de naciones*⁷.

⁷ Naturalmente, si el capitalismo se entiende de esta manera histórica y no esencialista, entonces esa «máquina deseante», como la definen Gilles Deleuze y Félix Guattari, deja de ser funcional. Incluso admitiendo todas las características que observan y exponen estos autores en sus conocidos análisis (*Anti Edipo*, 1973; *Mil mesetas*, 1988; *La revolución molecular*, 2017), el capitalismo histórico (no el esencial) sería destruido desde el exterior, desde otras formas de organizar la economía, la política o la guerra.

5. 1. El reparto/rebatiña de África

Hay que destacar el tercer momento, tantas veces olvidado (o peor aún: convertido en el contexto fílmico de bonitas historias de amor): la expansión colonial europea, que culmina con el «reparto/rebatiña (*scramble*) de África» (1885). A Inglaterra y Francia se incorporaron Alemania, Bélgica, Italia, Turquía, y, en menor medida, España y Portugal. La competencia entre sus elites aristocráticas y burguesas llevaron a una Gran Guerra que prosiguió en otra segunda, denominadas «mundiales», por darse precisamente en el marco del *cierre antropológico de la tierra*, rematadas con la *Shoah*, una catástrofe humana que no admite bálsamos ni sedantes de ninguna clase, aunque los endulcen con azúcares epistemológicos o metodológicos para neutralizar el horror. Todo intento de explicar y justificar estas dos guerras como medios necesarios para pasar a un estadio superior, *à la Hegel-Kojève*⁸, me parece una gran superchería. O, como quiso justificar Arthur Koestler, antes de su desilusión con la Revolución de Octubre que tanto lo había subyugado, la hambruna de la colectivización forzosa en Ucrania (1932-1934): «La muerte de los campesinos ucranianos era el precio a pagar por una civilización más elevada» (Snyder, 2008: 84).

Entender la IIGM como la consecuencia de la verdadera catástrofe europea, que fue la primera, es lo que me lleva a hablar del «fracaso del sujeto europeo». Este fracaso hay que entenderlo en este sentido: las concepciones del Sujeto kantiano-hegeliano, que se ramificaron por las filosofías más poderosas del pensamiento europeo, fueron incapaces de frenar las bárbaras guerras del siglo XX entre europeos. La Primera Guerra Mundial no fue tanto un conflicto mundial como un conflicto entre las grandes

Sería destruido en los conflictos que se originan en los choques de los «remolinos de la historia» (v. Pérez Herranz, 2010). Lo que nos cuesta admitir (no entender, que entender se entiende) es que el capitalismo, no el Capitalismo, si es el efecto de una expansión colonial de los distintos imperios nacionales europeos hasta alcanzar el cierre antropológico de la tierra —según el modelo cultural-tradicional anglosajón de vivir—, entonces lo que está ocurriendo hoy en los conflictos militares y, sobre todo, económicos, políticos y religioso-culturales, es justamente el ataque «real» y no ideológico al capitalismo (v. Pérez Herranz, 2025).

⁸ Así lo resume Giorgio Agamben (2006: 25): «[Kojève] autor ha comprendido que el “fin hegeliano-marxista de la historia” no era un acontecimiento futuro, sino algo que ya se ha cumplido. Después de la batalla de Jena, la vanguardia de la humanidad ha alcanzado virtualmente el término de la evolución histórica del hombre. Todo lo que ha seguido, comprendidas las dos guerras mundiales, el nazismo y la soviétización de Rusia, no representa sino un proceso de aceleración tendiente a alinear el resto del mundo con las posiciones de los países europeos más avanzados...».

potencias europeas (naciones-imperio), encabezadas por Alemania, Francia e Inglaterra, que habían combatido sin medida alguna por la colonización de África, desde la famosa Conferencia de Berlín (1884). Un acontecimiento al que Hanna Arendt llamó «reparto/rebatiña de África»⁹ con todas sus secuelas: desde la «Entente Cordial» franco-británica de 1904 hasta la brutal conflagración entre las naciones que se consideraban las más civilizadas (1914). Este fue el origen, por otra parte, de los conflictos del llamado Oriente Medio, y que hoy causan tanto sufrimiento en Palestina e Israel. Un conflicto que, en los medios de comunicación actuales, parece que surgió ayer por la tarde, así de súbito, repentinamente, por la maldad intrínseca de este o de aquel político o militar. El resultado de todas estas acciones de los imperios-naciones europeos fue el cierre antropológico de la tierra. A partir de ese momento, toda la acción humana —militar, económica y política— no tiene otra meta superior que la de organizar la vida en la tierra y ha de responder a esa interrogación: *¿cómo habitar la tierra?*

§ 6. De la Europa del ocio y los museos a la Europa del rearme

Europa, tras la IIGM ha tenido que reinventarse. Algunos pasos dados para lograrlo han sido muy severos, contundentes y hasta hirientes para algunas naciones: prohibición de rearme militar de Alemania; ayuda económica para la reconstrucción de Europa del Plan Marshall; transformación de los beligerantes nacionalistas europeos en pacíficos turistas; y, sobre todo, como efecto de la Guerra Fría entre EE.UU. y la URSS, la transformación de la Europa imperial —expansiva, generadora de Rutas exploradoras y colonizadoras por todo el globo terrestre, ahora transitadas solo como «viajeros»— en Frontera: en la frontera entre el mundo liberal (EE.UU.) y el mundo comunista (URSS). Y como lugar fronterizo, esponjoso, poroso y permeable, el combate prosiguió llegando a un acuerdo más o menos tácito: una política pendular entre un liberalismo socializado que miraba de reojo a la Unión Soviética, y un socialismo liberal, que miraba de reojo a los Estados Unidos. Un pacto tácito entre el

⁹ *Rebatiña*: traduce *scramble*, un término que utiliza Hanna Arendt: *scramble for Africa* (cf. 1962: 50, 78, 79...). *Scramble* hace referencia a una práctica mediante la cual los esclavos eran vendidos a bordo de una embarcación dedicada a la *trata*.

Trabajo y el Capital, que fue, a la vez, un pacto económico, el llamado *Estado del bienestar*, y político, el *régimen democrático*. Los estados europeos, tras la barbarie, admitieron estas condiciones. Por un lado, se hicieron redistributivos, pero no revolucionarios; por otro, admitieron la alternancia de gobierno entre la derecha (el Capital) y la izquierda (el Trabajo). El Estado de la posguerra se configuró como Estado Social, asumiendo una responsabilidad explícita hacia el bienestar de los ciudadanos: seguridad social, planes de pensiones, servicios médicos, enseñanza pública, etc. Durante unos cuarenta y cinco años Europa jugó el papel de frontera, esta vez no respecto del islam, sino del comunismo, hasta que la Unión Soviética desapareció. Y ahora ¿qué? ¿Por dónde seguir? El presidente chino Jiang Zemin (a quien han continuado los presidentes Hu Jintao (2003-2013) y el actual Xi Jinping) zanjó los dilemas abiertos y dejó claro el papel que Europa habrá de jugar en el siglo XXI:

Europa —dijo en un discurso pronunciado en EEUU al final de su mandato (2003)— será el *gran parque de ocio y museos del planeta*; Estados Unidos la reserva científica y tecnológica; y China la gran fábrica de la humanidad.

Este fue el papel asignado a Europa: ocio y museos. Mientras el europeo se va convirtiendo en un consumidor *compulsivo* de todo tipo de productos —incluidos los culturales, entre los que cabe destacar el pensamiento gnóstico (Pérez Herranz, 2025, vol. 4)—y recoge los beneficios, el resto del mundo entra en conflictos provocados por lo que he llamado *remolinos de la globalización*, y, sobre todo, de abrir las Rutas que se expanden por tierras y mares, se transforma en receptor de Rutas. Esta es la gran diferencia con el periodo cerrado desde la Primera Cruzada hasta la Segunda Guerra Mundial: Europa es receptora y no emisora de Rutas. Así que en unos pocos años, Europa reaccionó como receptora de rutas, como lo había hecho EE.UU. y dejó constancia de ello el *Informe Kissinger* de 1974:

Efectos políticos de los factores poblacionales. Las consecuencias políticas de los actuales factores demográficos en los Países Menos Adelantados (Países con Bajo Nivel de Desarrollo) —rápido crecimiento, migración interna, altos porcentajes de jóvenes, lenta mejora en los niveles de vida, concentraciones urbanas y presiones para la migración extranjera— son perjudiciales para la estabilidad interna y las relaciones internacionales de los países en cuyo avance Estados Unidos está

interesado, creando así problemas políticos o incluso de seguridad nacional para Estados Unidos. [National Security Council, 1974: 8]

La invasión de Ucrania por parte de Rusia ha descolocado completamente a Europa: ¡EE.UU. exige que se haga autónoma militarmente y se rearme! ¿Cómo podrá pasar la *Europa del ocio y los museos* a la *Europa del rearme* para defenderse de una posible invasión rusa?

Al inicio de *Más allá de imperios y de naciones* escribía:

Parece que volvemos a la fábula de los conejos que discuten si los perros perseguidores son galgos o son podencos. Aquí, en el extremo del cabo de Eurasia, en no lejanos días, es muy probable que seamos absorbidos por otros lebreles y se terminarán tantos reinos y tantas esperanzas de rellenar la ambigüedad humana a través de la construcción de identidad a mayor gloria de Carlomagno o de Otón I, de Martín *el Humano* o de Alfonso X. Así que a la espera de cómo actúe China y de que definitivamente comiencen a regirnos Confucio o Lao-Tse, o, como profetiza Michel Houellebecq, el Islam, o que la Rusia de Vladimir Putin haga saltar por los aires Berlín, Londres, París o Roma, y quede únicamente «el viento que pasaba por ellas» y los europeos dejen de interesarse por conocer qué sea lo justo y qué sea lo injusto (la herencia de Sócrates y de Cristo), demos otra vuelta de tuerca al *problema de España*, que no puede ser otro que el *problema de Europa*. [Pérez Herranz, 2023: 26]

En Europa se está llevando a cabo una batalla, cuyos combatientes no utilizan carros de combate, y, por ahora, tampoco drones ni misiles. Utilizan las redes de propaganda en un combate virulento. No hay solo una ruta de sentido opuesto; son varias las rutas que se abren hacia Europa y algunas muy poderosas. EE.UU., China, Rusia o Irán son los grandes «remolinos», que podrían caer también bajo los conceptos de *hegemones* o *civilizaciones*, los que libran una batalla soterrada en el territorio europeo para absorber, controlar o gestionar Europa a su favor (independientemente de que lo hagan también en sus territorios). Pero Europa, no hay que olvidarlo, es un territorio mínimo, aunque estratégico: el cabo euroasiático.

El combate entre intereses políticos y económicos en tierras extrañas a los combatientes es un fenómeno que ocurre frecuentemente a lo largo de la historia. Las Américas o África conocen bien este fenómeno. Y también España ha sido lugar de combate de otros imperios-naciones. La guerra (in)civil española la libraron los europeos —franceses, alemanes, ingleses...— en tierra española:

El padre dominico Marie-Dominique Chenu reproducía la pregunta de un diputado laboralista al secretario del Foreign Office: «¿Habrá llegado el momento de evacuar de España a todos los españoles, a fin de que las demás naciones puedan combatir allí cómodamente?». [Raguer, 2001: 281]

Hoy la guerra en Europa la libran EE.UU., China, Rusia o Irán: ¿habrá que evacuar a los europeos a fin de que estos «remolinos de la globalización» puedan combatir cómodamente? Una de las herramientas más poderosas en el ámbito de la propaganda es la de la *inteligencia artificial*, un término eufemístico, porque la realidad es que la lucha virtual se da entre las diferentes *inteligencias artificiales*. Vencerá la que imponga su «esqueleto de bases de datos», que modulará toda la morfología de ese cuerpo, que organice el resto de los discursos, relatos y narraciones. Y no se olvide que la gran batalla se juega en el terrero de las enormes cantidades de *energía* que necesitan los procesos de automatización y digitalización.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2006), *Lo abierto. El hombre y el animal*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Arendt, Hannah (1962), *The origins of totalitarianism*. Cleveland/Nueva York, Meridian Books.
- Aristóteles (2022), *Ética a Nicómaco* (Teresa Martínez Manzano, prólg.; Julio Pallí Bonet, trad.). Barcelona, Gredos.
- Aristóteles (2017), *Política* (Carlos García Gual y Aurelio Pérez Jiménez, eds.). Madrid, Alianza.
- Benet, Juan (1978), «Proyecto para una Constitución», en *El País*, 4 de julio.
- Benito Ruano, E. (1978), «La participación extranjera en la Guerra de Granada», en E. Cabrera Muñoz, et al. (dirs.), *Andalucía medieval: actas del I Congreso de Historia de Andalucía*, vol. 3. Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, pp. 303-320.
- Bueno, Gustavo (1974), *La metafísica presocrática*. Oviedo, Pentalfa.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (2017), *Revolución molecular*. Madrid, Errata Naturae.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1988), *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia, Pre-Textos.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1973), *El Anti-Edipo: capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona, Seix Barral.
- Eneas el Táctico (1991), *Poliorcética*. Madrid, Gredos.
- Fernández Buey, Francisco (1995), *La gran perturbación. Discurso del indio metropolitano*. Barcelona, El Viejo Topo.
- Fichte, Johann Gottlieb (1977), *Discursos a la nación alemana*. Madrid, Editora Nacional.
- Frutos Mejías, Eugenio (1982), *Leyenda y poder en torno a Aristóteles*. Zaragoza, Pórtico.
- Goytisolo, Juan (2004), «Prólogo», en Francisco Márquez Villanueva, *Santiago: trayectoria de un mito*. Barcelona, Bellaterra.

- Guizot, François (1935), *Historia de la civilización en Europa desde la caída del Imperio Romano hasta la Revolución francesa*. Madrid, Revista de Occidente.
- Herder, Johann Gottfried (1982), «Otra filosofía de la historia», en *Obra selecta*. Madrid, Alfaguara.
- Herder, Johann Gottfried (1959), *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*. Buenos Aires, Losada.
- Ibn Jaldún (1987), *Introducción a la historia universal (Al-Muqaddimah)*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Joas, Hans (2005), *Guerra y modernidad*. Barcelona, Paidós.
- Judt, Tony (2008), *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*. Madrid, Taurus.
- Judt, Tony (2007), *Pasado imperfecto: los intelectuales franceses, 1944-1956*. Madrid, Taurus.
- Mangione, Corrado (1976), «La lógica en el siglo XX», en Ludovico Geymonat, *Historia del pensamiento filosófico y científico, siglo XX (II)*. Barcelona, Ariel.
- Martínez Torres, José Antonio (2017), «“Gobernar el Mundo”. La polémica *Mare Liberum versus Mare Clausum* en las Indias Orientales (1603-1625)», en *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 74, n.º 1, pp. 71-96, <<https://orcid.org/0000-0003-3042-6662>>, [20/01/2026].
- Marx, Karl (1968), «Introducción», en G. W. F. Hegel, *Crítica de la filosofía del derecho*. Buenos Aires, Claridad, <<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1844/intro-hegel.htm>>, [03/02/2026]
- Mate, Reyes (2024), *Tierra de Babel. Más allá del nacionalismo*. Madrid, Trotta.
- National Security Council (1974), *National Security Study Memorandum 200. Implications of Worldwide Population Growth for U.S. Security and Overseas Interests (The Kissinger Report)*. 10 de diciembre de 1974.
- Pérez Herranz, Fernando Miguel (2025), «El capitalismo no existe... tal y como lo definen los capitalistas», en *Eikasía. Revista de Filosofía*, n.º 129, pp. 195-236, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.129.1133>>, [20/02/2026]
- Pérez Herranz, Fernando Miguel (2024), «Mi parentesco «escritural» con Teresa de Ávila», en *Eikasía. Revista de Filosofía*, n.º 122, pp. 219-232, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.122.916>>, [18/02/2026].
- Pérez Herranz, Fernando Miguel (2023-2025), *Más allá de imperios y de naciones*, 4 vols.: vol. 1, *Rutas, fronteras y complejidad*; vol. 2, *Singularidad imperial: del Mediterráneo al Atlántico*; vol. 3, *Y tú, ¿de quién eres? La formación de la subjetividad hispana moderna*; vol. 4, *El fin de la arrogancia feudal-nacional europea*. Oviedo, Eikasía.
- Pérez Herranz, Fernando Miguel (2021), *Cuatro cuadros y cuatro contrastes. En torno a la cuestión vasca*. Oviedo, Eikasía.
- Pérez Herranz, Fernando Miguel (2010), «Sujeto expectante y globalización», en *Eikasía. Revista de Filosofía*, n.º 31, pp. 1-47, <<https://old.revistadefilosofia.org/31-09.pdf>>, [03/01/2026].
- Quevedo, Francisco de (1628), *Memorial por el Patronato de Santiago y por todos los santos naturales de España en favor de la elección de Cristo Nuestro Señor*. Madrid, Viuda de Alonso Martín.
- Raguer, Hilari (2001), *La pólvora y el incienso*. Barcelona, Península.
- Riding, Alan (2011), *Y siguió la fiesta. La vida cultural en el París ocupado por los nazis*. Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- Roiz, Javier (2008), *Sociedad vigilante y mundo judío en la concepción del Estado*. Madrid, Universidad Complutense.
- Snyder, Timothy (2011), *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*. Madrid, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.

Stallaert, Christiane (2006), *Ni una gota de sangre impura. La España inquisitorial y la Alemania nazi cara a cara*. Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.

Tucídides (2021), *Historia de la guerra del Peloponeso* (Francisco Rodríguez Adrados, ed.). Barcelona, Crítica.

Vitoria, Francisco de (1998), *Sobre los indios. Sobre el derecho a la guerra*. Madrid, Tecnos.

